

tales horas, solamente se oía allá lejos la resonancia del festin, interrumpida por las rondas á cuyos pasos ladraban los vigilantes perros. Lucía la luna plateando las torrecillas ligeras de los palacios y los artísticos aleros de los tejados, sin penetrar hasta el pavimento de las calles y los pisos bajos de las viviendas, todas frías y oscuras, y negras como en la más espesa y horrible de las noches. Tenia verdaderamente que ver el contraste de la oscuridad abajo y de la luz arriba, la estela negra de las sombras en el suelo y entre los aleros recamados de argentada luz pedazos de cielo tan claros como el cristal más bello y trasparente. Aquellos dos embozados, deslizándose entre las sombras espesas y la luz lejana, parecian pertenecientes á otro mundo. Por fin, llegaron á una casa de modesta apariencia y se detuvieron ante una puerta baja y estrecha. Allí, la noche del suelo parecia más negra, la luz del aire parecia más clara, el silencio circundante más profundo, las dos sombras más fantásticas, pues se diría que sonaban los latidos de sus corazones y de sus sienes sin que sonasen ni su respiracion ni sus pasos, como evocaciones de sobrenaturales lugares y de tenebrosas esferas. Ya llegados al apetecido sitio, sacaron entre los pliegues de sus mantos dos guzlas y se pusieron á pezpuntear una melodía suavísima que chispeaba esas ideas luminosas llamadas inspiraciones, las cuales se esparcian por los aires como ténues aromas. A los varios compases de esta grata música resonó una cancion de amor, toda melancolía y ternura. Necesitaba la casa de esa suerte saludada por los acentos de la música, por las frases de la poesía, por los suspiros del amor, estar de muertos habitada como las tumbas, para no mostrar que aquellas cadencias del arte y de la pasion tan efusivas y tan ardientes, no penetraban sus piedras y no desvanecian el sueño que en aquellos momentos pudiera acallarla. Efectivamente, una ventana se abrió, y resonó una voz argentina, que dijo:

—Entrad, Domenico, entrad en el paraíso tan deseado por vuestro vehementemente corazón, y conseguido gracias primero al amigo que os ha fiado en mi receloso ánimo, y despues á vuestra constancia.

No se dejó decir esto dos veces el fascinado Domenico, y arrojando su guitarra y su capa, como si todo le pesara, cuando trataba de tomar vuelo al nido de sus amores, corrió donde aquella voz, para sus oidos celeste, le llamaba, y empujó la puerta bien pronto abierta á su empuje. Pero antes de que subiera por la oscura escalera le detuvo Andrés, y le dijo con aire imperioso y voz bronca:

—Tu secreto.

—En el momento de bajar.

—Pues goza de tu ventura; y aquí te espero.

—No me esperarás en vano.

—Sube, sube. Y considera una cosa. La misma impaciencia que siente

tu corazón por lograr la apetecida dicha, siente mi inteligencia por saber el preciadísimo secreto.

—Lo tendrás así que baje, segun el pacto hecho contigo, en vez de hacerlo con el diablo.

—Baja pronto.

—No acortes mi dicha.

—No pruebes mi paciencia.

—Adios, Andrés.

—Adios, Domenico.

Y subió éste aquella escalera, por cuyas gradas creía ascender al cielo y en realidad bajaba al infierno. Castaño, al quedarse en la calle, parecia lívido, tirando casi á verde, como si la luz del azufre lo iluminara ó le tiñera el verdor de los cadáveres. La mano crispada se fijaba en el cinto donde tenia un puñal; los ojos errantes miraban á la ventana donde se habia visto la aparecida; y los pasos inciertos dirigíanse casi involuntariamente á la puerta como para forzarla y abrirla; pues á pesar de haber conducido á Domenico hasta aquella casa, y haberlo empujado por aquella escalera, pesábale ya su resolucion y pretendia volver á llamarle, para impedirle voluntarioso la misma satisfaccion á la cual tanto y tan poderosamente habia contribuido. Oigamos con atencion, pues, las ideas que rodaban por la cabeza de Castaño, y los sentimientos que atenaceaban su pecho, mientras ponía sitio al secreto del pintor y aguardaba, paseándose por la calle, el instante de arrancarlo y tenerlo en su paleta para siempre.

—«Sube en buen hora, decia; sube, infeliz, á tu cadalso. Yo te aguardo aquí deseoso de vencer tu invencible resistencia y de saciar mi ardiente sed de venganza. Posees un secreto con el cual pudieras haberme hecho feliz, elevándome á la altura de los primeros artistas florentinos, y lo esquivas á mi deseo, y para revelármelo ¡ay! le pones un precio cuyo valor ni puedo yo decirte, ni puedes tú adivinar. ¿Cómo le tentaria el diablo para que llegase á enamorarse de mi amada, de mi Lisa? Y la ama verdaderamente. Estas almas tímidas, cuando se mueven por alguna resolucion firmísima, se tornan casi férreas. La vió y la amó. A la verdad, mi amada hubiera enamorado los ángeles del cielo con su sonrisa voluptuosa, que recorren los labios más rosados y muestran los dientes más blancos; y con su frente serena bajo la cual resplandecen entre espesas cejas y larguísimas pestañas los ojos más negros; y con su rostro ovalado en cuyas mejillas se dibujan graciosos hoyuelos, y en cuya base una barba partida por la mitad parece como que está pidiendo amorosísimos besos; rodeada en aquel momento como estaba de flores, las cuales infundian con sus esencias el amor ardiente por las venas, y vestida de veneciano trage el cual realzaba con admirables preesas su magestuoso porte. Imposible verla y no amarla. El cuitado se enamoró

perdidamente de ella y le ofreció el homenaje de su amor. Pero ¡ella! que solamente me ama á mí.».....

[Al llegar á este punto en la série de sus reflexiones, Castaño volvió á la puerta que estaba cerrada, se abalanzó á ella, y casi trató de derribarla].

«Y sin embargo ahora estará en sus brazos. Ahora le dirá á Domenico lo mismo que tantas veces me ha dicho á mí, y que yo ¡insensato! he creído. Ahora fijará sus ojos en los ojos y sus labios en los labios del jóven, para darle á gustar goces reservados antes á mí, solo á mí en la tierra. Subamos y matemos á esos infames. Que paguen con la vida él su atrevimiento, ella su traicion. Rueden del manchado lecho á mis plantas, traspasados sus corazones por este mi puñal, y beba yo la sangre de aquellas venas para calmar con sus amargos sorbos la vivacidad de mi venganza.» [Y Andrés sacaba del cinto un puñal florentino que blandía en los aires, y clavaba con rabia en la puerta].

«Pero ¿á dónde voy? ¿Qué hago? Me he vuelto loco. Yo, yo soy el autor de su crimen y el artífice de mis celos. La pobre Lisa no queria ceder á mi capricho que le mandaba entregarse á otro, y entregarse con ardor. Todavía me parece verla de rodillas; esparcido el cabello que se mesaba con ambas manos; henchida de ardiente sangre la mirada que me suplicaba amorosa; tendidos ambos brazos que se suspendian á mi cuello; pidiéndome por mi amor la muerte, preferible en todas ocasiones á la infamia. Trance terrible entregarse á un hombre á quien no amaba, y faltarme á mí su amado amante. Y yo fui riguroso, inflexible, implacable, cruel, infame, como un aborto del infierno. Penetrado profundamente de que solo al precio de este sacrificio podia conseguir la revelacion del secreto, no vacilé un momento en consumarlo, y ofrecer la mujer que amo á la sensualidad de mi afortunado émulo. Aunque la imaginacion me dice con viveza tanta las cosas y los hechos, y yo ideara mil veces el dolor que debia apuñalarme cuando entrase otro en mi propio paraíso, no creí nunca penar tanto como ahora estoy penando, ni arrepentirme tan de veras como ahora me estoy arrepintiendo. Si el cálculo frio de mi razon no detuviera el impulso avasallador de mi voluntad, entraria en la casa que he franqueado á mi rival para castigar el crimen por mí mismo cometido, y cuya perpetracion abrasa mi sangre con los celos y mi conciencia con los remordimientos.»

«Me vuelvo loco. Me horrorizo de mí propio. Cuando recojo mi razon y la repliego sobre toda mi vida, téngome ante el tribunal de mi juicio por reo de eterna infamia, condenado á la pena de no poder olvidar esta mi culpa ni creer que haya en la tierra ni en los infiernos castigo correspondiente á su barbárie. Así pasan por mis ojos espectáculos terribles que mi pincel reproduce involuntariamente, como si el mismo Satanás me llevara la mano. Así

pinto á diestro y siniestro tormentos y potros, ahorcados que penden del suplicio, diablos que llevan el fuego de los infiernos en sus ojos ¡ah! pedazos todos de mi alma lanzados al lienzo por mi desesperacion y por mi rabia, representando la eternidad de mis torcedores y de mis tormentos. Cuando los viandantes pasan por el claustro de Santa Croce y se detienen á mirar el Cristo atado á la columna, dicen que he sabido pintar los miembros crispados, los rostros feroces, los ojos torvos, los labios cárdenos, las aperturas violentas de aquellos verdugos, atormentadores de Nuestro Señor, que, atado á la columna, vierte de sus carnes abiertas por tantas heridas hilos de roja sangre. Si los he pintado tan bien ha sido porque he retratado en ellos mis propios remordimientos, y los golpes que dan á un tiempo en mis sienes y en mi corazon traspasándome el alma. Así, he copiado mi propio rostro en el rostro de un Iscariote que estoy pintando; y he sabido poner en cuadro tan místico y etéreo como la Asuncion de María, donde solo debian verse flores en la tierra y estrellas en el éther, los ángeles sonando sus violas, la Trinidad extática entre nubes, un muchacho que le tira un jarro á otro y le rompe la cabeza, como yo les rompería las costillas á todos los pintores por no decir á todos los hombres en el ardor de mi rabia. ¡Oh! Confesemos que hay seres mucho más desgraciados que los ciegos, y los mudos, y los sordos, y los imbéciles, y los incomunicados con la naturaleza, y son aquellos que han nacido como yo con aspiraciones á la perfeccion completa en el alma, y faltos de medios por irremediable inferioridad de procedimientos. Soñamos con ser dioses, queremos la omnipotencia, nos sentimos capaces de identificarnos en pureza con nuestro propio ideal, y cuando llegamos á la realizacion de todos estos ensueños, vemos tristemente que los materiales del arte ó la expresion de las palabras, no corresponden á toda la intensidad del deseo, y no obedecen á todo el vigor de las ideas. Confesemos que cuantos somos así, resultamos ante las conciencias rectas de todo punto irresponsables. ¿Por qué habernos hecho de esta suerte? ¿Por qué no quitarnos la grandeza de tantas aspiraciones ó no concedernos la variedad de las facultades necesarias para cumplirlas?»

«Soy artista, y en el concepto de artista, soy como un verdadero enviado del cielo para embellecer y perfeccionar la tierra. Nuestra fantasia es el centro donde se juntan los rayos rotos y dispersos de la vida. Yo debo saber desde lo que quiere decir el ave cuando canta, hasta lo que quiere decir el astro cuando centellea. Yo debo recoger la esencia que se exhala de una flor, la niebla que se evapora de un lago, la nube que se alza de un incensario; y henchirlas de la idea que van buscando por el impulso de su ascension á lo infinito. Si los seres rezan, yo debo recoger sus oraciones; si lloran, sus lágrimas; si anhelan, sus deseos; sacerdote de este templo que se llama universo; intérprete de esta poesia que componen sin saberlo todas las cosas;

músico que anota el concierto producido por el coro de los seres y por el movimiento de los astros en la eterna inmensidad. Desde el balido de la oveja hasta el trueno de la tormenta; desde el ala del insecto hasta la ráfaga del huracán; desde el gusanillo perdido en la tierra hasta el sol que fecunda el planeta, todos tienen un pensamiento divino que en su inconsciencia no conocen y que yo recojo en esta alma de los seres creados, impalpable pero luminosa, en la fantasía del poeta, en la virtud creadora del artista. Así oigo el diálogo de la alondra con su nido que le pia; del planeta con su luna que le sigue; del capullo con su mariposa que lo acaricia; de la estrella con su arroyo que la retrata; de la voz con su eco que la repite; de todas las cosas creadas con el amor universal que las produce y las mantiene, y las eleva hasta enrojecerlas en el fuego de la eterna vida. Y con tan alto ministerio caigo desde mi luminoso trono de ilusiones celestes en los más negros y más horribles abismos donde solo tropezamos con el mal que tristemente se enrosca á nuestros piés.»

«He nacido dotado de aspiración indestructible; de la aspiración á superar en gloria á todos cuantos participan de mi propio arte. Pues quien me creó con esta aspiración irresistible indudablemente me creó para que de alguna manera y en algún grado la realizase. Y un irresistible impulso me arrastra ciegamente á empeñar con todos cuantos me rodean terrible guerra de exterminio. Domenico, que no puede compararse conmigo como pintor, me supera y me aventaja en virtud de un secreto que él solamente posee. Y en este empeño mio de vencer á todos mis rivales debo arrancarle su secreto. Mas el día que lo posea, quiero ser solo. Todos los fuertes aspiran á la soledad. Las humildes codornices van por los aires en bandadas, pero las águilas reinan allá en regiones donde ningún ser habita. Los tímidos gamos se juntan en manadas, pero el león domina solo el desierto. Las hierbecillas forman haces y manojos; pero los cedros se levantan erguidos sobre las altas rocas en soberbio aislamiento. Todo aquel que se resigna á estar confundido en el coro, no se siente con fuerzas necesarias para desempeñar el papel de protagonista en la inmensa tragedia de este mundo. Yo sí, yo estoy dispuesto á extirpar todo cuanto se oponga vivamente á que las raíces del árbol de mi vida lleguen hasta las profundidades del infierno, y la copa se extienda y esparza por la inmensidad de los cielos. Domenico, el día que posea tu secreto, debo quedarme solo con él en la tierra. Si fuéramos dos, no tendría yo ningún mérito. El sol, cuando se despierta en los horizontes, no permite que brille otro astro. Como no puede haber dos dioses en el cielo, no puede haber dos artistas en Florencia. Goza pues de tu amor. Bebe hasta la última gota la áurea copa de todos los placeres. Embriágate para no ver que sobre esa voluptuosidad, que te parece el exceso de la vida, se dibuje descarnado y frío el esqueleto de la muerte. Vive, vive

mucho en tus trasportes porque vas á morir dentro de algunos minutos. Cuando por el conocimiento de tu secreto esté yo á tu altura, creelo, Domenico, no cabremos ambos en la tierra.»

«Yo, pastor un día, gocé en el campo de la vida que guarda la naturaleza como ningún otro mortal. Entre mis compañeros nadie me ganaba á correr por el llano, á trepar por el monte, á perseguir las zorras enemigas de nuestros gallineros, á tirar la onda, á contender con el lobo que descendía hambriento de sus cavernas, asustando á todos los campesinos, menos á mí, que le aguardaba con las uñas afiladas, los dientes largos, los ojos fuera de las órbitas, el cuello estirado, la piel espeluznada, los cabellos erizados, como si fuera un perro de presa. Mi vocación á trazar líneas, á reproducir los contornos de las cosas, á copiar los seres de la naturaleza, me sacó de pastor y me convirtió en artista. Yo he pintado los claustros de San Miniato; yo he embellecido el bellissimo cenobio de San Benedetto; yo he puesto mis inspiraciones ante la puerta principal del monasterio de los Angeles; yo he ilustrado los palacios de los Pandolfini; yo he inmortalizado las capillas de los Cavalcanti; yo he merecido un lugar entre los maestros que han animado con sus figuras las paredes de Santa María dei Fiori; yo cuento con la amistad de los Médicis: desde la dura condición de labriego yo me he levantado por mi propio esfuerzo á la alta categoría de artista y de gentil-hombre en Florencia; y á pesar de esta favorable metamorfosis, siento en mi nuevo estado rabia igual á la que sentía en el antiguo. No lucho, es verdad, con los lobos, pero lucho con los émulos; no trepo anhelante por las montañas, pero trepo más anhelante todavía que entonces por las humanas ambiciones; no me desvelo al cuidado de guardar mis ovejas, pero me desvelo al cuidado de guardar mis glorias; y para defenderme y derribar á mis contrarios, me valgo de todo, desde la calumnia que destila la punta de mi lengua hasta la muerte que guarda la punta de mi puñal. Como ciertos seres he nacido para la guerra, y al guerrear, cumplo con mi destino; y al cumplir con mi destino, hago el bien. La planta extirpa á la planta cuando le regatea espacio; el pez allá en los abismos de las aguas se alimenta de peces. Mi pincel celoso como los árboles aniquila á los pinceles que no le dejan moverse; y yo, pintor, hago en el mundo lo mismo que hacen los brutos en los abismos del mar, me alimento de pintores. Noche tranquila, que parece convidarme al bien, ¿por qué iluminas con luz tan suave mi crimen? Y tú, hermosa luna, compañera de los tristes que no pueden conciliar el sueño, cuando te recojas en el cielo y cuentes al Criador lo que has visto sobre la tierra, no te reduzcas á referir el acto que voy á perpetrar y que acaso nuble tu blanca faz; entra hasta la conciencia que guardo bajo mi cerebro y hasta el corazón que oculto en mi pecho; y allí podrás ver como un artista, destinado á repetir las tristezas humanas, á contar las humanas tragedias, á

sentir innumerables penas, tiene para contener la luz divina sin quebrarse, más barro de la tierra que el resto de los mortales, y ángel por sus ideas, está por sus pasiones más pegado que las bestias al mundo; y en vez de maldecirme y condenarme como á un criminal, me compadecerás como debe compadecerse desde las alturas de tu celeste serenidad á todos los desgraciados.»

En estos desvarios consumia Andrés del Castaño largas horas de la noche, mientras gozaba toda la felicidad de su amor el pobre Domenico. Mas tantas y tan contradictorias ideas, dichas en formas mucho mas vagas que las empleadas por nosotros, obligados á concretarlas en la precision del lenguaje escrito, tantas y tan contradictorias ideas no bastaban á matar el largo tiempo de la amorosa entrevista. Andrés, por consiguiente, se impacientaba á medida que veia la tardanza de Domenico. Cuando ya su espera se cansaba, temeroso de que viniese el alba, cogió su guzla y rasgueó una melodía en apariencia tributo de amor, en realidad seña convenida con su amada. Y efectivamente la puerta se abrió y bajó Domenico, radiante de alegría, con el placer de los deseos satisfechos y la esperanza de nuevas y futuras dichas. Un movimiento de rabia, consecuencia inmediata de un impulso de celos al toque de aquel regocijo, acusador de una grande infidelidad, sobrecogió el ánimo de Andrés, pero con su acostumbrado dominio sobre sí mismo, supo sujetarlo y fingir una serenidad tal que no pasó ni por sus labios la sonrisa de la amargura que sentia, ni por su frente las sombras de la tristeza que lo acongojaba. Su odio contra aquel jóven, afortunado, poseedor de los secretos del arte y de los goces del amor, se aumentaba, pero tambien se aumentaban en la misma medida sus caricias, como si el exterior de Castaño no dependiera para nada de su interior y descordasen completamente en él cuerpo y alma, voluntad y sentimiento.

—Andrés, Andrés, gritó Domenico, no sé como pagarte tanto favor.

—Lo sabes puesto que tienes hace tiempo de ese favor señalado el precio.

—Es verdad; prometí, y las promesas tienen el mismo carácter sagrado que las deudas.

—Por consecuencia, ya que tan grande ha sido tu felicidad.....

—Inmensa, indescriptible. ¡Oh! Puedo asegurarte que despues de esta noche amo la vida con exaltado amor y quisiera vivir eternamente en la tierra.

—Mayor razon para que pronto te descargues del peso de tu deuda y cumplas con la debida formalidad tu palabra.

—Inmediatamente. Nada tan agradable á mi corazon obligadísimo.

—¿Lo ves? Desconfiabas de mí que tanto te quiero, y que siento por tí con el cariño de un amigo la ternura de un padre.

—Atribúyelo á la desgracia que en mí desde los tiempos mas remotos se

ha cebado. El que sufrió tantas desventuras en materia de amores no puede fácilmente creer á sus propios ojos, cuando su mala estrella se pone y brilla otra mas fausta.

—Vámonos de aquí no demos que sospechar al vecindario, y decidámonos á andar un poco para que pueda estirar mi cuerpo entumecido por el frio de la noche, puesto que no ha estado como el tuyo entre ricas sábanas de hilo, y al amor de la lumbre de unos ojos, sino á la luna.

—Vamos donde quieras.

Y los dos amigos se perdieron en tortuosas calles y continuas encrucijadas. Los faroles, que brillaban en tanto número al pié de las imágenes, delante de los retablos, en las capillas, comenzaban ya á extinguirse y espesaban con su ausencia las espesas sombras de la calle. Aunque de vez en cuando se oia el canto de algun gallo, parecia mas dormida la poblacion entera en estas horas vecinas de la mañana que en las horas vecinas de la tarde. Ora fuese porque se aproximase el dia, ora por otras razones, las rondas se retiraban, bien al revés de al ir los dos amigos al sitio de la última aventura, que pululaban por todas partes. Andrés vió que aquel momento supremo era el propio para realizar todos sus planes, emprender su última hazaña, cumplir su meditado propósito, y dijo parándose en sitio muy desierto y á la sombra de esquina muy sombría:

—Vamos, Domenico, tu secreto.

—Todo él consiste en mezclar á los colores aquella sustancia que parece como la sangre misma de la luz.

—¿El aceite?

—En vez de la cal como para el fresco, y de la clara como para la encáustica, y de la cera como para el esmalte, mezclas á los colores el aceite de linaza. Pruébalo y verás el resultado. Ya tienes mi secreto.

—Es verdad, es verdad. Ahora caigo. De ahí el brillo, de ahí los matices, de ahí la mezcla de los colores, de ahí la duracion, de ahí la facilidad en cecarse.....

—De ahí, amigo mio, de ahí.

—Ven, ven; deja que te estreche contra mi corazon.

Dijo Andrés, abriendo á Domenico sus brazos.

—Hermano del alma.

Dijo Domenico, lanzándose á los brazos que Andrés le abria, con toda la efusion imaginable.

—Toma, toma el precio que mereces.

Respondió Andrés, clavándole su agudo puñal con tanto arte y tanta seguridad, que el pobre Domenico dió un suspiro desgarrador y cayó sin vida en el suelo.